

## **Saber, Verdad, Ética**

*Isabel Martins Considera - Práxis Lacaniana/Formación en Escuela*

*VIII Congreso de Convergencia – mayo 2023 -Barcelona*

Creo que estamos de acuerdo en que el psicoanálisis es una ética que se refiere a la existencia del inconsciente, es un síntoma, lógicamente, necesario para nuestro tiempo. Creo que también concordamos con respecto a los riesgos que corre de desaparecer, si no hay deseos, al nivel del de Freud, que lo sostengan en acto.

La multiplicación de ideologías que comandan la humanidad, dominadas, cada vez más, por el saber en el mercado capitalista neo-liberal, ocupadas en hacer crecer las ventas de normas ilusorias que fortalecen las pregnancias narcisistas y el uso de pretendidas identidades que taponan el lugar lógico de la hiancia radical para la existencia del inconsciente, ¿puede llevar a la desaparición del psicoanálisis?

Es cierto que los intereses de esas ideologías en el subdesarrollo discursivo están en oposición a los intereses del psicoanálisis, que precisa del desarrollo de cuestiones discursivas. El psicoanálisis no es un discurso globalizante, que promueva un todo unificante, dominante, para ser aplicado. Sin embargo, podemos decir que esa agitada situación de nuestros días, que trabaja en el sentido de abolir la división del sujeto en relación al inconsciente, no deja de, al mismo tiempo, indicar la necesidad lógica existente en la entrada de una dimensión del sujeto que sea innovadora. Dimensión que Freud nos legó a partir del estatuto del inconsciente, una ética necesaria para nuestro tiempo.

Lacan, en su enseñanza, no se cansa de mostrar cómo la lógica matemática moderna apunta y encubre, en el principio, una falla, que no tiene en cuenta. Esa falla es fundamental para nuestra praxis, por ser en ella que recogemos la interpretación que falta, la necesaria articulación del inconsciente en discurso, en un análisis. Basta recordar que es por la falla que Freud descubre la lógica del funcionamiento del inconsciente y que es por los diferentes niveles de las hiancias de la falla, que Lacan sitúa los tiempos de articulación, las retomadas de recorridos en términos del tiempo lógico del inconsciente, por el objeto *a*. Es a través de las hiancias, de los intervalos,

de las faltas que tienen que ver con la falla que, en nuestro campo, ubicamos, topológicamente, las conjunciones disyuntivas, los puntos nodales que se refieren a un real que existe e insiste y precisa ser retomado.

Se trata de un real que, por la función de desconocimiento que es propia del yo, sólo puede ser sistemáticamente renegado y, por eso mismo, Lacan es llevado a formular que el inconsciente está estructurado como un lenguaje y precisa de tiempo lógico para ser articulado en discurso; es necesario articular la lógica de la negación como función a partir de la puesta en acto del inconsciente.

Retomar la hiancia, en la frontera entre el saber y la verdad, nos pone frente a la lógica propia del discurso del psicoanálisis, que opera cambios en esa relación: del lado del saber, el difícil y necesario cambio del lecho del río por donde él corre; del lado de la dimensión de la verdad es preciso interrogarla en forma de enigma, respecto del valor de goce del síntoma. La existencia del inconsciente no sólo subvierte al saber y al sujeto, al producir efectos de torsión y ruptura en la relación del pensar y del ser, provocando profundas perturbaciones en el sujeto del cogito, como también respecto de la verdad que, en su estructura de ficción, lleva a la necesaria construcción del fundamento lógico de la gramática pulsional del fantasma, relativa al Ello; lleva a tejer la red, cuyo material tiene que ver con el significante, red de la cual el sujeto está suspendido y que tiene que ver con el material con que se trabaja en un análisis. La lógica del fantasma y la del acto analítico son diferentes, si bien interdependientes; el acto analítico no es sin la construcción del fantasma.

En lo que respecta al acto analítico, no basta que estemos de acuerdo entre nosotros, porque no hay cómo seguir ciertos principios normativos. Lacan dice que tal vez Freud haya creado las sociedades de psicoanálisis, con el característico funcionamiento irónico que observamos en ellas, para que el psicoanálisis no corriera ese riesgo de desaparecer. Lo irónico en cuestión tiene que ver con el hecho de que aquellos mismos que viven del descubrimiento de Freud silencien su voz, renegando de lo que él nos legó. Recuerdo que nosotros, las escuelas lacanianas, no tenemos por qué regocijarnos; no estamos, *a priori*, libres del riesgo de esa ironía. Pregunto:

¿qué hay ahí? Parece haber algo que queda sumergido, y es como si jamás hubiese habido psicoanalistas.

En ese punto crucial, Lacan fue incansable en poner de relieve lo inaudito del descubrimiento freudiano del inconsciente, para que su descubrimiento no sucumbiese a las pretendidas identidades que obturan el lugar de la hiancia radical de esa falla que, como dije, es sistemáticamente renegada a partir del desconocimiento inherente a la función del yo. En ese lugar, en el que la connivencia con los asedios totalitarios, que encubren de qué se trata a respecto del inconsciente, es muy fuerte; precisamos mirar ahí, seriamente, y poner la voz. En esa hiancia, respecto del saber y la verdad, cuando lo que llamamos el analista se presenta como semblante del objeto *a*, causa del deseo, en su discurso, no hay lugar para aspirar a cualquier totalidad oceánica de felicidad de un saber trascendente para la humanidad, ahí encontramos la entrada de una ética que tiene que ver con las respuestas practicadas, en ese lugar, de la lógica de la castración como real.

En este punto, la diferencia entre el dominio del objeto *a*, en los campos de captura imaginaria, que hace volver indefinidamente a las ilusiones más fundamentales de la psicología humana, o sea, al todo como Uno unificante; y otro nivel de valor lógico del objeto *a*, que tiene que ver con la suspensión y la ausencia del sujeto, en la lógica del fantasma, y con su división, en el acto analítico, lleva a un divisor de aguas. Ese otro nivel de valor lógico del objeto *a* se refiere a la entrada del goce fálico, a la entrada del falo como significante único en relación a la verdad del goce entre los sexos, se refiere a la presentación del objeto *a* como resto de goce que, en el lugar del gran Otro, como cuerpo, permite que el analista, posicionado desde su discurso, haga soporte, semblante, provea, conduzca los objetos *a* sin esencia – el seno, el excremento y especialmente la mirada y la voz – para que el analizante se analice.

En el seminario 15, *El acto psicoanalítico*, Lacan desarrolla la cuestión de cómo el pequeño *a* puede pasar a objetar la universal que, en el nivel del espejismo, siempre vuelve al todo unificante. Esto es importante porque, en la hiancia entre el yo ideal y el ideal del yo, en relación al punto de ideal, siempre se corre el riesgo de cerrarla en la

totalidad propia del espejismo, lo que hace resbalar justo en la entrada del no-todo, que da entrada al discurso del analista. Lacan muestra, a través de Pierce, cómo la universal cuenta con un vacío de trazos en su campo, que corresponde a la constitución del sujeto dividido del inconsciente, a partir del no-todo: punto crucial para la entrada del discurso del analista, de la potencia creadora de una ficción capaz de producir síntomas articulados a la cosa freudiana; por lo tanto, relacionados a la dimensión de la verdad, en la medida en que el inconsciente responde por ellos. Se trata de la verdad que Freud, al fundar el psicoanálisis, deja hablar bajo el nombre de inconsciente.

La responsabilidad del analista es la de estar a la altura de ese tipo de efectos con los cuales opera en su campo, donde hay perturbaciones de las cuales nada se entiende o se comprende a partir de otros discursos; efectos que marcan una dimensión de paradoja y antinomia propias del campo del goce pulsional, en psicoanálisis. Pregunto: ¿Cuándo podemos decir que ocurrió algo que podamos llamar de un redimensionamiento de la verdad en relación a lo real? ¿O sea, algo relativo a un pasaje de la verdad, de la impotencia, de la carencia en relación a lo real, hacia lo real como imposible? ¿Qué puede querer decir ese olvido dominante que se hace de la verdad en relación a lo real como imposible?

En el recorrido del final de análisis, el olvido de la verdad, en relación al real como imposible, es lo que mantiene al sujeto, en tanto sostenido por lo que llamamos el analista como objeto a causa del deseo, o sea, un efecto producido por el mismo discurso analizante; protegido en relación a la castración como real. Eso quiere decir que, en el recorrido del fin de análisis, en el pasaje de psicoanalizante a psicoanalista, lo que llamamos analista es el último semblante a ser interrogado. Es en este punto crucial para el fin que Lacan no sólo dice que la resistencia es del analista, sino que sitúa, también, su famoso horror al acto.

En ese punto, hay una conjunción disyuntiva, una unión de la verdad con el sujeto, en que la verdad protege al sujeto del "sí mismo" que lo causa, "sí mismo" del que el analista se autoriza para su acto, o sea, de esa esencia que es la falta, sin esencia, que constituye el sujeto dividido del inconsciente. Nuestra elección, nuestra

responsabilidad, en esa hiancia, que tiene que ver con el pasaje de psicoanalizante a psicoanalista, con el fin de análisis, es la de enfrentar la verdad o ridiculizar nuestro saber; porque es al alcanzar la verdad en relación al “sí mismo” del sujeto, que el analista no sólo se autoriza para el acto para el cual está hecho, como también se depara con la verdad de lo incurable del deseo. No hay identificación posible en ese lugar, y los analistas, como dice Lacan, en lo que se refiere a lo real, somos respuestas *sinthomáticas* al inconsciente freudiano, tenemos que ver con una ética necesaria para nuestro tiempo.

Fundamos Convergencia con la idea de converger, a partir de las diferencias, en la dirección de hacer avanzar las cuestiones discursivas en las hiancias que tienen que ver con la falla en su radicalidad; desarrollar las cuestiones que hagan progresar la lógica, la ética, propias del discurso del analista. Estamos aquí, en Barcelona, 25 años después de la fundación, el mismo tiempo que Freud llevó, en su práctica, para encontrarse con la pulsión de muerte, cuyo carácter compulsivo, ligado a la repetición significativa en relación al acto sexual y al acto analítico, tiene la excelencia, como indica Lacan, de abrir hacia el campo del goce, situado más allá del principio del placer, fundamental para el redimensionamiento de lo imposible como real, en términos de lo que no cesa de no escribirse de la relación sexual. Pregunto: ¿Estamos hoy, a partir de los efectos producidos en este tiempo, en mejores condiciones para avanzar con nuestra propuesta? Es cierto que dependemos de que las pregnancias narcisistas, promotoras de confusiones, no estén ganando a la lógica de la castración, que redimensiona, a partir de las condiciones de existencia del inconsciente, el saber y la verdad. Sin embargo, tenemos ahí algo a nuestro favor: el hecho de que todavía estamos aquí, hoy, insistiendo en que el psicoanálisis siga, un real que existe y que insiste.